dicar á Moisés la composición de todo el Pentateuco, son tales y tantos, que rinden y subyugan á cualquier entendimiento que se halle exento de preocupaciones de escuela. Que Moisés fué escritor, consta de argumentos negativos y positivos, extrínsecos é intrínsecos; y que esos escritos no fueron otros que los conocidos "con el nombre de *Shora* ó de ley, por los hebreos, y de *Pentateuco* ó volumen quíntuplo por los griegos„ [1], se prueba hasta la evidencia por la crítica interna de esos libros y por la tradición constante de judíos y de cristianos.

§ V

La esperanza del Libertador en la nación judía.

1. Importancia del estudio anterior para el presente estudio.—2. Las profecías mesiánicas del Antiguo Testamento: su antigüedad, número, gradación y constancia.—3. *Ascendencia* del Libertador ó Redentor.—4. Será hombre descendiente de Abraham, de la tribu de Judá.—5. Saldrá de la estirpe de David.—6. Observaciones sobre las anteriores profecías.—7. El *tiempo* de la venida del Redentor.—8. Las semanas de Daniel.—9. Importancia de este vaticinio.—10. Su cumplimiento.—11. La *patria* del Redentor.—12. Otras circunstancias.—13. Resumen.

1. Una vez asentada sobre base sólida la antigüedad, la autenticidad y la unidad del Pentateuco, se puede proceder con paso firme á la exposición de las promesas del Redentor, contenidas en los libros sagrados, patrimonio del pueblo de Dios. Y decimos que se puede proceder con paso firme, porque la autenticidad del resto de los libros que componen el Antiguo Testamento no suscita en el campo enemigo la tempestad de dudas y hasta de ataques que provocan los libros de Moisés. Y si de tiempo en tiempo se formula individual protesta contra la integridad de algún escrito canónico, no es por motivos de crítica racional, sino "porque

1 Sixtus Senensis, *Biblioth. Sancta*, lib. I, sect. I, tomo I.

el principio racionalista, punto de partida del criticismo, es incompatible con la existencia de los profetas propiamente dichos, es decir, de los profetas que vaticinan las cosas futuras„ [1]. Dando nosotros por supuesta la posibilidad de la profecía, verdad incontrovertible para quien admita un Dios personal, demostraremos su existencia con hechos incostrastables que ni han tenido, ni tienen, ni tendrán explicación aceptable ante una crítica independiente, sino en el cumplimiento de profecías realmente tales, y como necesaria consecuencia, en la divinidad del suspirado Redentor y de la religión por él restablecida.

2. Las promesas del Redentor que, cual resto de un naufragio, hemos hallado esparcidas acá y acullá en las mitologías más ó menos politeístas de la gentilidad, aparecen ordenadas y formando cuerpo en el pueblo que Dios escogió para fiel guardador de esa esperanza de la humanidad caída. Su objeto, sin embargo, no se dibuja claro de un solo golpe ni á la primera aparición que hace en el horizonte, siempre obscuro, de lo porvenir, sino que va definiéndose gradual y progresivamente á medida que se aproxima, hasta presentarse con caracteres propios é inequívocos en boca del último vidente de la antigua ley, que le precedió en 400 años.

Así el padre del género humano recibe de Dios la promesa desnuda de un libertador y la transmite á sus hijos. Pasa esa promesa de generación en generación hasta el padre de los creyentes, que separado de los demás pueblos, sabe que lleva en su seno la bendición fecunda de la cual saldrá el que todos los pueblos esperan. Anuncia Jacob que saldrá de la sangre de su hijo Judá, y columbra la época de su aparición; y ya tenemos la raza y la tribu, y hasta un acontecimiento previsto que señala de alguna manera el tiempo. Señala Moisés otros caracteres, de inspiración, de redención y

1 Havet, *Le Christianisme et ses origines,* tom. III, cap. VI.

de autoridad, y el arpa de los profetas descansa, mientras que los hijos de Israel consolidan las tiendas que levantaron en la tierra prometida.

Dios constituye á David rey de las doce tribus y le jura que el Mesías saldrá de su familia. Padre afortunado, que llama á su hijo con toda la fuerza de su fe y de su inspiración, que desea verle y le ve en espíritu, cubierto de humillaciones y de oprobios, de dolores y de muerte, y resucitado, glorioso y triunfante de la muerte y del pecado. A partir de esa explosión maravillosa, los detalles vienen de todas partes, y la figura del Prometido se dibuja incomparablemente esplendorosa: será profeta, taumaturgo, sacerdote víctima, salvador, doctor, legislador, pastor, rey, señor del mundo entero, y lo que todo lo dice, será *Emmanuel*, Dios con nosotros. Señala Miqueas la aldea ignorada que le servirá de cuna; cuenta Daniel uno por uno los años que faltan para su venida, y anuncia Malaquías la aparición de su precursor. Y callan todos los profetas por espacio de cuatrocientos años, á fin de no tocar de cerca é irrespetuosamente esa figura adorable que se viene destacando en sus cantos, que llenan cuarenta siglos; pero la esperanza se acentúa más y más, y salta las fronteras de la Palestina y gana el mundo entero, y todas las naciones se inclinan reverentes hacia ese rincón del mundo donde ha de nacer el Libertador. Llámanle los chinos el hombre de Occidente, el Santo por excelencia; los persas, la palabra que tiene por nombre yo soy; los mejicanos y escandinavos, el vencedor de los dioses y de la gran serpiente; los drúidas, el hijo de la Virgen madre; Esquilo, el Dios que reemplazará á Prometeo en sus tormentos, salvándole de los abismos; Prometeo, el hijo querido de un padre enemigo; Platon, el Verbo, el Hijo de Dios; y Virgilio, el que nacerá de raza de Dioses [1].

1 P. Monsabré, *Quinzième conference*, 1886.

3. Concretemos en lo posible estas ideas generales, separando unas de otras las promesas del Redentor, según que señalan la familia de la cual había de nacer, y el tiempo, lugar y demás circunstancias de su nacimiento.

La ascendencia del Redentor es un hecho digno de toda atención. Todos tenemos nuestro génesis y saludamos á nuestros abuelos en un pasado más ó menos remoto, pero ninguno de nosotros ha sido esperado, deseado y amado, no ya desde el principio del mundo, pero ni siquiera un siglo antes de su nacimiento. Solamente el Mesías ha gozado de ese privilegio; porque sus antepasados sentían en su seno el germen bendito del cual nacería el deseado de las naciones. Los primeros padres recibieron después del pecado las primicias de esa bendición y el primer rayo de esperanza que rasgó un porvenir que se les presentaba pavoroso hasta la desesperación. Dios dice á la serpiente tentadora, emblema de Satanás: "Pondré enemistades entre ti y la mujer, y entre tu raza y la descendencia suya; ella quebrantará tu cabeza, y tú andarás acechando á su calcañar [1]." El demonio es maldecido en la tierra como fuera maldito en el cielo; y su enemigo, el hijo de la mujer, triunfará un día de todas sus asechanzas, aplastándole la cabeza. Así lo entendieron las antiguas paráfrasis judías, creyendo impropio de la Majestad divina el sentido literal y hasta forzado de los modernos hebreos, que sólo ven en esas palabras la expresión del horror que nos inspiran los reptiles. "Este oráculo—decía el Targum—se realizará plenamente al fin de los días, en los días del hijo de la mujer, ó sea en los días del Rey Mesías [2]."

4. La primera indicación del Mesías nos dice que será descendiente de la especie humana el hijo de las hijas del hombre, como anunció más tarde la fábula de Prometeo [3],

1 *Génesis*, III, 15.
2 *Targum Hierosolymitanum*, in. III, *Génes.*
3 Esquilo, *Prometeo.*

ó el hijo de Isis, como quería Plutarco [1]. El diluvio universal purificó más tarde la tierra, y lavó también muchas almas en ese inmenso bautismo, y al multiplicarse de nuevo la raza humana y dispersarse por el globo, Dios se muestra á los tres grandes Patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, confirmando las promesas de los primeros días, en estos términos: "En un descendiente tuyo serán benditas todas las naciones de la tierra [2]." A todo el género humano se anuncia una era de bendiciones divinas que le vendrán por el hijo de la mujer ciertamente, pero de la mujer que pertenezca á la familia de los Patriarcas, segregados por el mismo Dios del comercio y cohabitación con los hombres pecadores. El Mesías será hijo de Abraham, de Isaac y de Jacob. Este Patriarca tuvo doce hijos, que dieron nombre á las tribus de Israel. ¿Cuál será el privilegiado para abuelo del prometido Redentor? "Juntaos,—les dice el venerable anciano próximo á morir,—juntaos aquí, á fin de que os anuncie las cosas que han de suceder en los días venideros. Reuníos y oid, hijos de Jacob, escuchad á Israel nuestro padre [3]." Los hijos se acercan temblorosos y transidos de dolor, porque el espíritu de Dios reposa sobre el anciano moribundo que revela los pavorosos secretos de lo porvenir. Y lo fueron en efecto para Rubén, el primogénito del Patriarca, que había manchado el lecho conyugal de su padre; y para Simeón y Leví, hermanos en el crimen é instrumentos belicosos de iniquidad; sus hijos se verán dispersos en Israel. Mas cuando el anciano acoge á su hijo Judá, el pecho se ensancha, la pupila se dilata, la voz se entona y el Patriarca exclama: "¡Oh, Judá: á ti te alabarán tus hermanos; tu mano pondrá bajo el yugo á tus enemigos; adorarte han los hijos de tu padre. Tú, Judá, eres un joven y robusto león; tras la presa corris-

1 Plutarco, *De Isis y Osiris*, núm. 24.
2 *Génesis*, XX, 3; XXII, 18; XXVI, 4; XXVIII, 14.
3 *Génesis*, XLIX, 1 y 2.

te, hijo mío; después, para descansar, te has echado cual león y á manera de leona! ¿Quién osará despertarte? *El cetro no será quitado de Judá* ni de su posteridad el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y éste será la esperanza de las naciones [1]." Desde entonces Judá y su tribu están á la cabeza del pueblo, porque por esa tribu corre la onda sagrada que ha de regenerar el mundo [2].

5. Tenemos un pueblo escogido, y de ese pueblo una tribu especialmente predestinada para ser la tribu de la cual nacerá el Mesías. A medida que los tiempos avanzan, las promesas se concretan y el Señor se complace en revelarnos más claramente las circunstancias que distinguirán á su enviado. El profeta Natham había anunciado á David de parte de Dios: "Tu casa será estable y verás permanecer eternamente tu reino, y tu trono será firme para siempre" [3]. Y el mismo salmista regio, en sus santas inspiraciones, pone en boca de Dios estas palabras: "Una vez para siempre juré, por mi santo nombre, que no faltaré á lo que he prometido á David; su linaje durará eternamente, y su trono resplandecerá para siempre en mi presencia como el sol y como la luna llena, y como el iris, testimonio fiel en el cielo" [4]. Oráculo obscuro si se quiere, de imposible aplicación á Salomón y demás descendencia de David, que ocupó el trono material de Judá, pero cuyo velo corrieron dos videntes de los más célebres del Antiguo Testamento: "Saldrá—dice Isaías—un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz se elevará una flor. Y reposará sobre él el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad; y estará lleno del espíritu del temor del Señor. Él no juzgará por lo que aparece

1 *Génesis*, XLIX, 8, 9 y 10.
2 V. en Lamy, *Comm. in lib. Gènes.*, tomo II, pág. 368, la inteligencia que los judíos daban á esta profecía.
3 II *Regum*, VII, 16.
4 *Salmo* LXXXV, 36-38.

exteriormente á la vista, etc.„ [1]. Jeremías añade: "Mirad que viene el tiempo—dice el Señor—en que yo haré nacer de David un descendiente justo, el cual reinará como rey y será sabio, y gobernará la tierra con rectitud y justicia. En aquellos días suyos Judá será salvo, é Israel vivirá tranquilamente; y el nombre con que será llamado aquel rey es el de Jehová nuestro Justo„ [2].

6. Ocurren dos observaciones ante estos magníficos oráculos. Primera, que no se pronunciaron en los días de apogeo para la familia de David, sino precisamente en la época de su abatimiento; en los días nefastos y anublados por las amenazas de la próxima cautividad y esclavitud, por aquella catástrofe inmensa que precipitó del trono á la dinastía del profeta-rey y la confundió con los más obscuros plebeyos; no se referían, pues, á ningún libertador temporal, sino al Mesías, al hombre Dios á quien claramente se llama Jehová: Dios. Segunda, que habiéndose perdido después de la dispersión del pueblo deicida todas sus genealogías y confundídose las generaciones, no se conoce hoy la familia legítima de David, para esperar de ella ese prometido del Altísimo, que solamente en la historia se puede encontrar. ¿Presenta la historia ese ilustre vástago de la familia de David, ese justo sobre quien reposó el espíritu de Dios? El Evangelio testifica de un hecho que hace veinte siglos es la clave de toda la historia, y que no tiene explicación racional sino en cuanto que es la realización completa de las esperanzas de la humanidad y el cumplimiento de las profecías: "Envió Dios al ángel Gabriel á Nazareth, ciudad de Galilea, á una virgen desposada con cierto varón de la casa de David, llamado José, y el nombre de la virgen era María„ [3]. "El Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros; y

1 *Isaías*, XI, 1-3.
2 *Jeremías*, XIII, 5 y 6.
3 *San Lucas*, I, 25 y 26.

nosotros hemos visto su gloria, gloria cual el Unigénito debía recibir del Padre, lleno de gracia y de verdad..... De la plenitud de éste hemos participado todos nosotros y recibido una gracia por otra gracia„ [1]. "Lo que fué desde la eternidad, lo que oímos, lo que vimos con nuestros ojos, y contemplamos y palparon nuestras manos tocante al Verbo de la vida„ [2]. Sér maravilloso, vástago ilustre de la estirpe de David, ora, como San Mateo, descendamos desde Abraham á Judá, desde Judá á David, desde David á Zorobabel y desde Zorobabel á Jacob; ora, como San Lucas, nos remontemos desde Helí á Zorobabel, desde Zorobabel á David, desde David á Judá, desde Judá á Abrahám y desde Abraham á Adam, el hijo de María es el Redentor prometido á quien el pueblo canta: "Hosanna al Hijo de David„ [3].

7. No se limitaron las promesas del Redentor, contenidas en el Antiguo Testamento, á darnos á conocer la familia de la cual nacería el deseado Mesías: las menores circustancias de su aparición fueron objeto de esas profecías mesiánicas. ¿Cuándo nacerá? ¿Dónde nacerá? ¿Cómo nacerá el Mesías?

Hemos visto más arriba que el patriarca Israel, al transmitir á su hijo Judá las bendiciones proféticas hechas por Dios á Abraham, á Isaac y á Jacob, formuló esta solemne promesa: "*El cetro no será quitado de Judá,* ni de su posteridad el caudillo, hasta que venga el que ha de ser enviado, y *éste será la esperanza* de las naciones„ [4]. ¡Cuan hermoso aparece el rey Mesías que ha de levantarse de la casa de Judá! Esta exclamación, arrancada por la fe á los antiguos israelitas y consignada para eterno testimonio en el *Targum* de Jonathan y en el de Jerusalem, prueba la convicción en que estaba aquel pueblo de que el enviado de Dios sal-

1 *San Juan*, I, 14 y 16.
2 I, *Joannes*, I, 1.
3 *San Mateo*, XI, 9.
4 *Génesis*, XLIX, 10.

dría de esa privilegiada familia, después que el cetro se rompiera entre sus manos, cuando, incapaz del reino temporal, inauguraría el reinado de la gracia, esperanza de todas las naciones.

Otra indicación sobre el tiempo de la venida del Redentor nos hace el profeta Ageo, con motivo de la reedificación del templo de Jerusalem, en tiempo de Zorobabel: "¿Quién ha quedado—dice—de todos vosotros, que haya visto este templo en su gloria primera? ¿Y qué tal os parece él ahora? ¿Por ventura no es como nada á nuestros ojos? Pues ahora, oh Zorobabel, ten buen ánimo—dice el Señor;—buen ánimo también, oh Jesús, hijo de Josedec, Sumo Sacerdote; y buen ánimo tú, pueblo todo del país..... Porque esto dice el Señor de los ejércitos:—Aún falta un poco de tiempo, y yo pondré en movimiento el cielo y la tierra, y el mar y todo el universo. Y pondré en movimiento las gentes todas: porque *vendrá el deseado* de todas las gentes; y henchiré de gloria este templo..... La gloria de este último templo será grande, será mayor que la del primero—dice el Señor de los ejércitos—y en este lugar daré yo la paz„ [1]. El oráculo es claro: el deseado debe venir en el tiempo que dure el segundo templo, cuya gloria, por esta singular circunstancia, eclipsará la magnificencia del antiguo templo construído por Salomón.

8. Más explícito aún Daniel, consignó la admirable profecía que transcribimos íntegra, á causa de su importancia suma y de la trascendencia que en todas épocas se le ha atribuído, para demostrar el tiempo en que debía aparecer, y en que apareció efectivamente el Redentor de la humanidad. Dice así: "Estando yo todavía profiriendo las palabras de mi oración, he aquí que Gabriel, aquel varón que yo había visto al principio de la visión, volando súbitamente me tocó, en la hora del sacrificio de la tarde, y me instruyó y me habló en los términos siguientes:—Daniel, yo he venido ahora á fin de instruirte, y para que conozcas los designios de Dios. La orden se me dió desde luego que te pusiste á orar, y yo vengo para mostrártela; porque tú eres un varón de ardientes deseos. Atiende, pues, tú ahora á mis palabras, y entiende la visión. Se han fijado setenta semanas (de años) para tu pueblo y para tu santa ciudad, al fin de las cuales se acabará la prevaricación, y tendrá fin el pecado, y la iniquidad quedará borrada, y vendrá la justicia eterna, y se cumplirá la visión y la profecía, y será ungido el Santo de los santos. Sabe, pues, y nota atentamente: Desde que saldrá el edicto para que sea reedificada Jerusalem, hasta el Cristo Príncipe, pasarán siete semanas y sesenta y dos semanas; y será nuevamente edificada la ciudad y los muros en tiempos de angustia. Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Cristo; y no será más suyo el pueblo, el cual le negará. Y un pueblo con su caudillo vendrá y destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será la devastación; y acabada la guerra quedará establecida allí la desolación. Y el Cristo afirmará su nueva alianza en una semana con muchos fieles convertidos; y á la mitad de esta semana cesarán las hostias y sacrificios; y estará en el templo la abominación de la desolación; y durará la desolación hasta el fin del mundo„ [1].

9. La trascendencia de esta profecía salta á la vista; y ha sido reconocida y proclamada por judíos y cristianos, por rabinos y santos padres, por historiadores y teólogos [2]. Dos cosas han de tenerse presentes para su completa inteligencia. Primera, que el objeto final de esa visión, anunciada con el interés y atención que inculca el texto, el destructor del pecado, el santo de los santos, el ungido del Señor, el Cristo de quien habla Daniel, solamente puede ser el Mesías

1 *Aggi*, I, 4-10.

1 *Daniel*, IX, 21-27.
2 Raimundo Martín, *Pugio Fidei*, parte 2.ª, cap. III, § 16.